

PONIENDO EN COMÚN

SANTIDAD EN EL TRABAJO

AÑO I

Juan Enrique Coeymans

CONTENIDO

I. INTRODUCCIÓN

II. DIFERENTES VISIONES SOBRE LA SANTIDAD EN EL TRABAJO

1. El tiempo primitivo
2. El trabajo y la espiritualidad monacal
3. La victoria de la huida del mundo.
4. El lento camino de vuelta

III. HACIA UNA VISIÓN CRISTIANA DEL TRABAJO

1. El trabajo, fuente de humanización

2. El trabajo, colaboración con Dios

- 2.1. Colaboración en la creación
- 2.2. Colaboración con el Hijo en la obra redentora
- 2.3. Colaboración con la obra del Espíritu Santo.
- 2.4. El trabajo, diálogo con Dios.

IV. REQUISITOS PARA EL ENCUENTRO CON DIOS EN EL TRABAJO

1. Mirar el trabajo en otra forma
2. Estilo de hijos
3. Enraizarlos en Dios por la oración



I. INTRODUCCIÓN

El tema de la santidad del día del trabajo o del encuentro con Dios en los quehaceres y ocupaciones cotidianas presenta una importancia decisiva para el mundo contemporáneo. Uno de los problemas fundamentales de nuestro tiempo radica en el secularismo. Así lo manifiestan directa o indirectamente los documentos conciliares y, explícitamente, el Documento "La Evangelización en el presente y futuro de América Latina", de la Tercera Conferencia

General del Episcopado Latinoamericano en Puebla".

El proceso de secularización tiene sus raíces más hondas en una mala comprensión de la justa relación que debe existir entre Dios y el mundo; entre Dios y el hombre. Es un proceso que, en definitiva, lleva a entender la fe y la vida como realidades separadas: los afanes y quehaceres del hombre, la construcción de la historia en el plano social y político, así como la construcción de esa pequeña historia en el plano personal,

son procesos en los cuales Dios tiene muy poco o nada que decir.

Es así como el Documento de Puebla expresa:

"La secularización que reivindica una legítima autonomía al quehacer terreno y puede contribuir a purificar las imágenes de Dios y de la religión, ha degenerado con frecuencia en la pérdida del valor de lo religioso, en un secularismo que da las espaldas a Dios y le niega la presencia en la vida pública. La imagen de la Iglesia como aliada de los poderes de este mundo ha cambiado en la mayoría de nuestros países. Su firme defensa de los derechos humanos y su compromiso por la promoción social real le han acercado a los pueblos, aunque, por otra parte, ha sido objeto de incompreensión y alejamiento por parte de algunos de sus grupos sociales" (DP 83).

Sin embargo, también en la historia personal y sagrada de cada ser humano, el proceso de secularización, es decir, el divorcio entre fe y vida, entre lo que hago y lo que yo creo, no sólo en el ámbito de lo "pecaminoso", sino también en la intencionalidad, en la unión vital que debiera existir entre lo que realizamos y la fe que confesamos, es una corriente que, de una forma u otra, arrastra a los hombres de nuestro tiempo.

Este proceso de secularización concibe la construcción de la historia como responsabilidad exclusiva del hombre, conside-

rado como una mera inmanencia. Y así lo plantea Puebla (436); "Es una amenaza a la fe y a la cultura", entendiendo por cultura, como la describe magistralmente en el NO 386, "el modo particular como, en un pueblo, los hombres cultivan su relación con la naturaleza, entre sí mismos y con Dios, de modo que puedan llegar a un nivel verdadero y plenamente humano. Es 'el estilo de vida común' que caracteriza a los diversos pueblos. Por ello se habla de "pluralidad de culturas". Y continúa: "La cultura así entendida, abarca la totalidad de la vida de un pueblo: el conjunto de valores que lo animan y desvalores que lo debilitan y que, al ser participados en común por sus miembros, los reúne en base a una misma 'conciencia colectiva'. La cultura comprende, asimismo, las formas a través de las cuales aquellos valores o desvalores se expresan o configuran, es decir, las costumbres, la lengua, las instituciones y estructuras de convivencia social cuando no son impedidas o reprimidas por la intervención de otras culturas dominantes".

Agrega el Documento de Puebla: "En el cuadro de esta totalidad, la evangelización busca alcanzar la raíz de la cultura, la zona de sus valores fundamentales, suscitando una conversión que pueda ser base y garantía de la transformación de las estructuras y del ambiente social" (388). Y continúan: "lo esencial de la cultura está constituido por la actitud con que un pueblo afirma o niega una vinculación religiosa con Dios, con los valores o desvalores religiosos. Estos

tienen que ver con el sentido último de la existencia y radican en aquella zona más profunda, donde el hombre encuentra respuestas a las preguntas básicas y definitivas que lo acosan, sea que se las proporcionen con una orientación positivamente religiosa o, por el contrario, atea. De aquí que la religión o la irreligión sean inspiradoras de todos los restantes órdenes de la cultura -familiar, económico, político, artístico, etc., etc.- en cuanto los libera hacia lo trascendente o los encierra en su propio sentido inmanente" (DP 389).

La evangelización, que tiene en cuenta a todo el hombre, busca alcanzarlo en su totalidad, a partir de su dimensión religiosa.

La cultura es una actividad creadora del hombre, con la que responde a la vocación de Dios que le pide perfeccionar toda la creación y en ella sus propias capacidades y cualidades espirituales y corporales" (DP 386-391).

Así planteado, el secularismo es una amenaza a la fe y a la cultura. Agudiza el divorcio entre la fe y la vida, y, en nuestra sociedad contemporánea, aparece como una corriente vital difundida por todos los medios de comunicación social.

El tema de la santidad del trabajo, se inscribe dentro de esta gran problemática de secularismo y secularización exagerada o inorgánica, que produce y provoca ese divorcio entre fe y vida, y específicamente entre fe y vida de trabajo, entre fe y vida cotidiana y corriente.

El gran desafío de los cristianos en nuestro tiempo, enfrentados hacia el año 2000 y Siglo XXI, es poder sanar y producir un tipo de cristiano que, en sí mismo y en su vida concreta, haya solucionado esta problemática.

Este desafío que enfrentamos los cristianos, y especialmente los laicos, es el motivo que nos ha impulsado a escribir estas líneas cuyo contenido fundamental está dividido en cuatro grandes aspectos, aparte de esta introducción.

En primer lugar, una descripción breve de las diferentes visiones que ha tenido el problema del encuentro con Dios en el trabajo o, llamándolo de otra forma, de santidad y trabajo. En segundo lugar, algunos lineamientos fundamentales para una comprensión del trabajo en la perspectiva teológica. En tercer lugar, los requisitos vitales y existenciales para un encuentro con Dios en el trabajo. Finalmente, en cuarto lugar, algunas consecuencias y desafíos hacia el futuro.

Han existido, a lo largo de la historia de la Iglesia, diferentes escuelas y diferentes acercamientos al problema de la santidad en el trabajo. En esta ocasión, nos referiremos a aquellos desarrollos históricos que han tenido y cobrado mayor importancia y universalidad, dejando, por supuesto, al lector más ilustrado en historia de la Iglesia y en teología espiritual, los detalles de las naturales excepciones que en todos los períodos se producen a las tendencias generales del tiempo.

II. DIFERENTES VISIONES SOBRE LA SANTIDAD EN EL TRABAJO

1. EL TIEMPO PRIMITIVO

Bastaría contemplar con una mirada de fe sencilla la vida de Cristo y los apóstoles para poder entender que la generación de los primeros cristianos entendían el trabajo como algo natural y bueno, y, también, como fuente de encuentro con Dios. Tenemos que recordar que la ley del trabajo se cumple plenamente en Cristo, que pasó más de treinta años viviendo como un trabajador más en Nazareth y que fue conocido, precisamente, por su trabajo, siendo sencillamente el hijo del artesano, del "tectón" o carpintero. Esos treinta y más años de trabajo de Cristo dan una perspectiva sobre la visión orgánica y clara que se tenía en el primer tiempo.

Pablo, Juan, Pedro, los primeros discípulos, trabajaron y vivieron del fruto de sus manos. Así, cuando Pablo dice: "He trabajado con mis manos para lograr lo que era necesario para mí y para los que estaban conmigo" (Hechos 20,34), está mostrando que con su esfuerzo mantiene a sus compañeros, les da ejemplo, realiza su apostolado y puede decir, lleno de gozo: "¿Acaso no sois mi trabajo en el Señor?" (1 Cor. 9,1). El mismo Pablo insiste una y otra vez en la necesidad de trabajar con rectitud de intención: "Trabajad como para el Señor y no para los hombres" (Col. 3,23). Y exhorta a

llevar una vida quieta, de laborioso trabajo (1 Tes. 4,11; 2 Tes. 3,10; 3,12), dando a sus discípulos un ejemplo constante. En los Hechos de los Apóstoles, (Hechos 17, 1-3), se narra: "Pablo se retiró de Atenas y vino a Corinto. Encontró allí un judío llamado Aquila, originario del Ponto, y a su esposa Priscila. Se juntó con ellos y, como era del mismo oficio, se hospedó en su casa y trabajaba en su compañía, pues eran ambos fabricantes de lonas". La realidad del trabajo en la vida de Pablo le dio autoridad para denunciar la tentación de pereza, enseñanza que fue recogida por las primeras fundaciones cristianas. Entre otros testimonios es elocuente el de los primeros escritos que nos dejó la tradición (la "Didaché"), cuando dice cómo debe actuarse con los peregrinos: "Si el que llega es un caminante, ayúdadle con cuanto podáis, pero no permanecerá entre vosotros más de dos días, o si hubiera necesidad, tres. Si quiere establecerse entre vosotros, teniendo un oficio, que trabaje y así se alimente. Si no tiene oficio, proveed conforme a vuestra prudencia de modo que no viva entre vosotros ningún cristiano ocioso".

Pablo resume la visión sencilla y honda del trabajo que se tenía en los primeros tiempos cuando dice: "Hacedlo todo con acción de gracias" (Col.3,17); entendida la acción de gracias no solamente en un sentido de gratitud sino como alabanza a Dios y como una alabanza que religa, que une. En el fondo Pablo entendía que ninguna actitud provoca una vinculación, una "religación"

más honda que la de la gratitud o acción de gracias. Cuando agradecemos, hacemos referencia a que nos ha sido dado por otro todo lo que tenemos. Hacer todo con acción de gracias. Hacer el trabajo con acción de gracias, significa religarlo, unirlo, atarlo, vincularlo a la fuente que nos ha dado la alegría y la responsabilidad de trabajar. El tiempo primitivo es un tiempo en que, con mucha naturalidad, los cristianos se santificaban en el trabajo. No existía un prejuicio ni una distinción tan clara, como se tuvo en siglos posteriores, entre las labores "sagradas" y las labores "profanas". Todo era sagrado en la medida en que todo estaba referido a Dios y que era hecho con acción de gracias.

2. EL TRABAJO Y LA ESPIRITUALIDAD MONACAL

Con la caída del Imperio Romano, caída con la cual paralelamente comienza el desarrollo monástico, empieza a aparecer progresivamente, a pesar de toda la organicidad y el equilibrio que tenía San Benito, el padre del monaquismo occidental, una espiritualidad de huida del mundo.

Esta espiritualidad fue influida no sólo por el maniqueísmo y neoplatonismo, poderosos en tiempos de San Agustín, sino que también por la decadencia de Roma y las invasiones bárbaras. La caída de Roma tal vez ha sido uno de los momentos más decisivos en esta materia, por la implicancia sociológica que tuvo para ir asumiendo, en un lento camino, la separación progresiva

entre las realidades temporales y profanas: trabajo, ocupaciones cotidianas y actividades explícitamente religiosas, tales como la oración y la contemplación.

El trabajo en la espiritualidad monacal es visto como algo necesario. Sin embargo, ¿cuál es el papel que subyace en la concepción de fondo respecto al trabajo?

Al narrarnos San Atanasio la vida de San Antonio Abad, el primer anacoreta, cuenta cómo Antonio "trabajaba con sus manos pues había oído que 'el que no trabaja, que no coma'. Con parte del fruto de su trabajo compraba su alimento. El resto lo entregaba a los pobres". Junto a esa primera motivación que es sustentarse y practicar la caridad, se desarrollan otras ideas que señalan más profundamente el núcleo de la vida ascética. Juan Casiano, en sus instituciones cenobíticas, contando la vida de los monjes de Egipto, afirma: "No dando nunca tregua a su trabajo jamás pone fin tampoco a la meditación". Sería interesante saber si es la meditación lo que les permitió consagrarse de lleno al trabajo, o si, por el contrario, es el trabajo incesante lo que les regala el crecimiento en la perfección.

El trabajo, además de realizarlo con todas sus fuerzas a fin de ofrecerlo a Dios como sacrificio, lo ejecutan también por dos motivos: en primer lugar, porque "la purificación adquirida en la recitación de los salmos y oraciones no la contamine el enemigo entre sueños". La segunda razón es que, "cuando no haya habido ninguna ilusión vergonzosa por parte del enemigo,

dormir de nuevo, aunque sea con pureza, causa al monje una inercia natural al desvelarse después; sumerge la mente en un sopor que paraliza y, por lo menos, neutraliza sus fuerzas durante el día".

Resumiendo, el trabajo es visto como medio ascético, como un medio de combatir el ocio, que es la madre de todos los vicios.

No se busca necesariamente como algo que tiene bondad y es fuente de santidad en si mismo, sino simplemente como herramienta ascética. Es una visión instrumental del trabajo en la perspectiva de la santificación.

El monaquismo y las corrientes espirituales de su época van adquiriendo un acercamiento al problema del trabajo inspirado por esta espiritualidad de la huida del mundo en que se entiende por "mundo" todo aquello que no está explícitamente realizado o dirigido a la construcción del reino. Vale decir, lo de "fuera del monasterio o abadía", fuera del convento.

3. LA VICTORIA DE LA HUIDA DEL MUNDO

La espiritualidad de la huida del mundo tiene sus raíces en el maniqueísmo en tiempos de San Agustín, pero también en las expresiones más típicas de la espiritualidad medieval que culmina, no retórica pero si prácticamente, solamente a las alturas del Concilio Vaticano I.

Es una espiritualidad en la cual el mundo no se entiende bíblicamente, es decir, como

aquello que se opone a Dios, sino como todo aquello que no es explícitamente religioso o litúrgico, o que está, como recién dijimos, dirigido a la construcción directa del reino. El fortalecimiento del espíritu monástico en la Edad Media que, aunque teóricamente no separa el trabajo y la santificación, llevó sin embargo, a desarrollos espirituales de los cuales la Imitación de Cristo -que es un libro incluso popular hasta en nuestra época- es testigo: las actividades profanas aparecen como peligrosas, y se valora sólo aquel trabajo que se hace en la perspectiva de ayudar a la Iglesia en la construcción del reino.

Como reacción ante el protestantismo con su secularismo inmanentista y su horizontalismo, recrudescen en Trento la separación entre lo sagrado y lo profano, entre lo religioso y lo laical. Se disminuye, si no teóricamente al menos sí en la práctica, la importancia del trabajo como fuente de santificación. De hecho, durante ese período, es cuando hay menos santos laicos canonizados que no sean mártires. Es la época de los peligros del mundo por antonomasia. Se teme que el desarrollo científico, que partió desde el Renacimiento y que aparece en oposición a la ciencia medieval, aparte de Dios. Se teme a la reflexión filosófica; se teme al desarrollo de la cultura, del conocimiento que no se ha atenido a los cánones medievales. Es un período de aparición de las ciencias contemporáneas. Los hombres medievales, acostumbrados a esquemas monolíticos y coherentes, se asustan ante

estas nuevas disciplinas que aparecen con sus leyes propias y sus desarrollos aparentemente autónomos.

Durante este período de la victoria de la huida del mundo, hay, no obstante, esfuerzos interesantes por volver a centrar la mirada en las cosas cotidianas, en las cosas corrientes, en la vida sencilla y normal de los laicos como fuente de santificación; pareciera que el Espíritu Santo no se cansara nunca de poder suscitar en la Iglesia y recordarle aquellas realidades que, con toda buena intención, la Esposa de pronto puede olvidar.

San Francisco de Sales funda las Visitandinas como un verdadero Instituto Secular al estilo contemporáneo. Otro tanto hace San Vicente de Paúl al fundar las actuales Hermanas de la Caridad. Estas experiencias, al menos históricamente, fallan en la intención primitiva de sus fundadores, ya sea por la legislación vigente de la Iglesia, o por la mala comprensión que las primeras fundaciones tuvieron del espíritu que el fundador quiso darles. De hecho, en la actualidad, las Visitandinas son monjas contemplativas.

Este espíritu de la huida del mundo, del contemplar la realidad dividida, como si hubiera lugares y oficios reservados para Dios, que son sagrados, y otros lugares y afanes reservados para el hombre, para el mundo, en definitiva para el demonio, y que conllevan por lo tanto, una visión maniquea de la realidad, se desarrolla en la Edad Media y la Época Moderna. Sin embargo, en forma

práctica se prolonga incluso hasta nuestros días.

4. EL LENTO CAMINO DE VUELTA

A partir de fines del siglo pasado, comienza lentamente, con el desarrollo de muchas familias religiosas en la Iglesia, el camino de vuelta en la visión del trabajo. Las familias religiosas con desarrollo más importante en el presente siglo, conllevan todas el carisma común de revalorizar la santidad de la vida cotidiana, vuelven a ver el trabajo como fuente de santificación y tratan de destacar el papel de los laicos dentro de la Iglesia.

En un comienzo, se plantea la santidad de los laicos como "ser los mejores": los mejores profesionales, ingenieros, arquitectos, trabajadores, dirigentes sindicales. Quizás esto se veía necesario como una herramienta de valor apologético: defensa de la religión. Si se es mejor, se es admirado, y si se es admirado, se es seguido también en la fe que se profesa. Hay una perspectiva un tanto eticista detrás de este postular que los laicos tienen que ser los mejores y que ésa es su tarea de santificación. Pero, obviamente, es un avance.

Luego de esta visión más bien individualista de santidad, empieza a aparecer progresivamente una visión del laico cristiano que se santifica cuando impregna las estructuras temporales de espíritu evangélico y es capaz de ser agente de cambios políti-

cos, económicos, sociales y culturales: se es comprometido con la Iglesia, se encuentra hondamente a Cristo, en la medida en que el laico cristiano impregne, construya y reconstruya el quehacer social y las estructuras sociales.

Este complemento de la visión primera, en el camino de vuelta, que es una cierta antítesis de ella, encuentra una síntesis creadora en un pensamiento más sencillo, más simple aun: el trabajo contemplado como fuente de santidad, como la única fuente de santidad fundamental para la mayoría de las personas. Mejor aún, el trabajo asumido como una fuente privilegiada de nuestro encuentro con Dios.

La mayoría de los cristianos no son ni monjes, ni religiosos, ni sacerdotes: son laicos que tienen que ganarse, con su trabajo, su sustento cotidiano, mantener a sus familias y vivir. Esa es la ocupación fundamental de la mayoría de los hombres. El Señor dio la tarea de santificación a todos los cristianos y a todos los hombres. El "sed perfectos como vuestro Padre Celestial es perfecto" (Mt. 5,48) es una tarea universal. Y Dios no podría contradecirse a sí mismo si el trabajo no se constituyera entonces en una fuente decisiva y fundamental de santidad y de nuestro encuentro con Él.

Presentar entonces la santidad como "ser los mejores" aparece como algo demasiado elitista. De hecho, sólo muy pocos van a ser "los mejores" en sus profesiones y trabajos. Sólo puede entenderse este ser "los mejores", si con ello se quiere significar

el aplicar todos los talentos que Dios nos ha dado, haciéndolos fructificar en el amor a Dios y a nuestros hermanos hasta su plenitud.

Por otra parte, la visión que nos lleva a ver la santidad laical como la santidad de los "comprometidos en el cambio" de estructuras económicas, políticas y sociales, puede pecar de restrictiva: el ámbito de la santidad en el trabajo va más lejos que el mero compromiso social. Lo asume, es cierto, porque si no, sería un cristianismo a-histórico el que se plantearía como espiritualidad típicamente laical. Pero éste no se agota con ese cambio de estructuras. Más bien, nutrida la espiritualidad del trabajo de un continuo buscar y realizar el querer de Dios, lleva al cumplimiento de todas las implicancias sociales de la vida diaria y cotidiana. Y esto abarca no sólo el compromiso social y político, sino también el compromiso familiar y pastoral. Lo social para el cristiano desborda el marco de lo económico y lo político partidista. Un sabio, un investigador científico, un gran artista, en el corto plazo, pueden aparecer como "poco comprometidos" socialmente, y, sin embargo, están gestando los cambios quizás más importantes socialmente, y su trabajo va a tener, en el largo plazo, una repercusión histórica muchísimo mayor que la de ciertos activistas que a veces se presentan como paradigmas del compromiso laical.

III. HACIA UNA VISIÓN CRISTIANA DEL TRABAJO

Si el trabajo es fuente decisiva de nuestro encuentro con Dios, no podemos entenderlo sino en la perspectiva de Dios y del encuentro con Él. Por eso, veremos a continuación tres aspectos que nos parece importante destacar: el trabajo como fuente de humanización, luego, el trabajo como colaboración con el Dios Trino -con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu Santo- y finalmente, el trabajo como diálogo con Dios.

1. EL TRABAJO, FUENTE DE HUMANIZACIÓN

El trabajo es fuente de humanización porque con él nos hacemos hombres, nos desarrollamos y podemos conocer los talentos que Dios nos ha regalado. Como dice Saint-Exupéry en "Tierra de Hombres": "la tierra nos hace conocer de nosotros mismos más que nadie". El trabajo nos permite ver cuáles son las posibilidades y dones que el Señor nos ha dado y, por lo tanto, los planes específicos de amor que Él tiene para con nosotros.

Pero el trabajo es también fuente de humanización en la medida en que con él coopero en la edificación de la sociedad y permito que otros hombres puedan ser más. Si el trabajo es fuente de humanización, es porque con el trabajo nos

dignificamos a nosotros mismos y dignificamos con él a otras personas. Mis afanes permiten que otros hombres puedan vivir y realizarse como hombres. Sin reducir lo humano sólo a lo que el hombre hace -en el sentido del "homo faber"- el trabajo es, sin embargo, el campo fundamental de mi solidaridad de destino con las demás personas, y una de las herramientas más efectivas que se pueden emplear para detectar la calidad de nuestro amor: "no el que dice 'Señor, Señor,' sino el que *hace* la voluntad de mi Padre, ése entrará en el Reino de los cielos" (Mt. 7,21). Y la tarea de ser hombre no es sólo la de un ser que libremente crece y se construye en el querer de Dios, sino la de un ser libre, comprometido, solidarizado en sus trabajos y desvelos con los demás hombres.

El trabajo es fuente de humanización, porque como dijimos, con él se dignifica uno mismo y se dignifica a los demás. La dignificación del hombre no es una mera tarea de códigos, leyes o políticas generales de gobierno, sino un proceso en el cual se involucran todos los hombres: el científico que ayuda a descubrir el remedio que sana una enfermedad terrible; el ingeniero que permite que los hombres se unan a través de medios dignos de transporte; el abogado que defiende la justicia y no las leyes impuestas por el poder de algunos; el artista que posibilita crecer en la sensibilidad e intuición de mundos desconocidos; el filósofo que aumenta nuestra capacidad

de comprensión profunda de la historia; el especialista en electrónica que, metido en sus "clips", crea lentamente la más grande revolución tecnológica de la historia de la humanidad; en fin, todas las áreas y campos, desde los más espectaculares hasta los al parecer más modestos: un humilde barrero que permite respirar un aire más limpio y sano, o un ascensorista que nos sirve para llegar sin cansarnos a una reunión en un edificio alto. Todos construimos a nuestra manera el proceso de dignificación del hombre: un hombre más libre, con más posibilidades de vida, con mayor libertad porque conoce más, con mayor capacidad de comunicarse, de unirse, de darse y, por eso mismo, un hombre crecientemente posibilitado para abrirse a Dios y volver a la Casa Paterna, dispuesto a vivir como hijo.

2. EL TRABAJO COLABORACIÓN CON DIOS

2.1. Colaboración en la creación

El trabajo es colaboración con Dios en la obra creadora. San Agustín decía: "El Dios que te creó sin ti no te redimirá sin ti", colocando el acento en la obra redentora. Pero en el fondo, el Dios que "te creó sin ti", tampoco quiere culminar su obra creadora sin el hombre. El trabajo aparece, entonces, como un despliegue de la acción creadora de Dios a través nuestro. Dios se ata las manos con los hombres y quiere gobernar el mundo, construir la historia y realizar sus planes a través de hombres y con los hombres.

La acción creadora de Dios no termina como si Dios fuera simplemente aquel que da el puntapié inicial en un partido de fútbol. La obra creadora de Dios continúa en el tiempo con su Providencia que acompaña y anima no sólo a la creación y el mantenimiento de la naturaleza y que 'custodia todo lo creado, sino que su obra creadora continúa a través de la inteligencia de los hombres. Nuestra inteligencia es uno de los sellos, de los signos de la participación nuestra en la vida de Dios. Y todo lo que hagamos por mejorar, por construir, lo que hagamos en la perspectiva de unir y lo que realicemos porque los hombres sean más, está comprendido dentro de lo que hemos llamado colaboración con el Padre en la obra creadora.

Somos custodios de la naturaleza, somos responsables con Dios Padre, de custodiar y guardar la creación; de custodiar, de guardar y cuidar, enaltecer y cultivar el predio, el trozo de tierra que se nos ha encomendado. Y todo trabajo tiene así, aun el más Insignificante, un campo muy amplio para mirarse y contemplarse como colaboración con el Padre en la obra creadora: los científicos y los artistas, pero también aquellos que desempeñan funciones cotidianas y triviales, están aportando, aunque sea mecánicamente con movimientos repetitivos en una gran usina o en una gran fábrica de automóviles, en una línea de producción, aunque sea en una forma en la cual ellos ni siquiera tienen mucha conciencia intelectuales.

tual de lo que están haciendo. Sin embargo, están ayudando a que los hombres tengan productos que les permitan ser más, crecer y comunicarse.

Si pensamos en los trabajadores que gastan su vida en la producción de artículos electrónicos-radios, cassettes, televisores- ¡cuántas posibilidades de humanización, cuántas posibilidades de comunicación que se dan en esos hombres que trabajan anónimamente, en una cadena productiva! El fabricar en esas industrias ese tipo de aparatos que cambian y transforman la vida, la creación, las relaciones sociales, las costumbres, es, simbólica y realmente, co-crear con Dios, aunque no tengan conciencia reflexiva de ello. No sólo el artista, a quien siempre comparamos en su labor creadora con Dios, o el arquitecto, el diseñador, el ingeniero que construye un puente, edificios, caminos, lugares y medios para unir a los hombres y permitir que ellos vivan con dignidad de hijos; todos los trabajos, los más silenciosos e ignorados, cuando se les contempla con la perspectiva honda de la fe, son labor creadora y providente de Dios a través de sus causas segundas libres: nosotros, los hombres.

2.2. El trabajo, colaboración con el Hijo en la obra redentora

Hay trabajos y trabajos. En algunos, la dimensión .creadora es mucho más clara, más nítida y transparente. La labor de un científico, por ejemplo. Pensemos en el descubridor de la penicilina, Sir Alexander Fleming, o en los grandes inventores: la di-

mensión de colaboración con el Padre Dios en la labor de la creación es bastante clara y evidente. Sin embargo, hay muchas faenas y situaciones en las cuales el trabajo, en su dimensión creadora, de colaboración con la creación, no se ve tan vivamente.

Sin embargo, en esos trabajos, muchas veces, es muy grande y clara la perspectiva de colaboración con el Hijo en su obra redentora. En el dolor de ejecutar un trabajo repetitivo, o difícil; en los trabajos desgastadores y aparentemente "deshumanizadores", ahí a veces sólo se puede ofrecer con Cristo el vivir crucificado por los demás hombres. Uno puede colaborar con Jesucristo en su labor de redención, atrayendo las gracias del cielo y la bendición de Dios sobre otros hombres, con esa cruz, con la sangre y esa mortificación que el trabajo conlleva. En esta perspectiva, habría que entender también la cruz de la cesantía que tan a menudo nos trae la época contemporánea.

No es posible que podamos entender problemas tan dramáticos -como el qué acabamos de nombrar- si no los inscribimos dentro de la perspectiva de la colaboración con el Hijo en la obra redentora. Redimimos no simplemente porque sufrimos, porque nos esforzamos, porque transpiramos con el trabajo. Redimimos porque asociamos el esfuerzo que desplegamos, penosa o alegremente, a los esfuerzos y a la cruz de Jesucristo. "Completo con mi vida y con mi cuerpo lo que falta a la cruz y pasión de Cristo" (Col. 1.24).

En un discurso, el Papa Juan Pablo II, en Polonia, en 1979, dice: "Todos sabemos que con el trabajo del hombre está profundamente grabado el misterio de la cruz. ¿Acaso no se comprueban ahí las palabras del Creador, pronunciadas después de la caída del hombre: 'con el sudor de tu rostro comerás el pan' (Gen. 3, 19)? Ya sea el antiguo trabajo en los campos que hace nacer el trigo, también las espinas y cardos, ya sea el nuevo trabajo de los altos hornos y las nuevas fundiciones, siempre se realiza con el sudor de la frente. La ley de la cruz está inscrita en el trabajo humano. Con el sudor de la frente ha trabajado el agricultor; con el sudor de la frente trabaja el obrero siderúrgico, y con el sudor de la frente, con el tremendo sudor de la muerte, agoniza Cristo en la cruz. No se puede separar del trabajo humano la cruz. No se puede separar a Cristo del trabajo humano". Más adelante, en un discurso muy conmovedor a los obreros italianos en Pomesia, en 1979, el Papa dice: "Cristo está siempre con vosotros y siempre en medio de vosotros. Donde el hombre suda, trabaja y sufre, está presente. Puede decirse que gastáis vuestra penosa fatiga como era en otro tiempo en el taller de Nazareth. En nombre de él, pues, os bendigo a todos y os estrecho la mano en señal de benevolencia paterna".

La cruz de Cristo otorga sentido no sólo a las fatigas del trabajo sino que establece, en una hondura jamás imaginada, la dignidad del trabajador. "En el Calvario el hom-

bre fue elevado a la condición de hijo de Dios. Por todos y por cada hombre, Cristo entregó su vida y lo rescató del pecado y lo constituyó en hermano suyo y heredero del cielo. Y nada ni nadie debe violar esta dignidad del hombre" (P. Ángel Strada, "La espiritualidad del trabajo"). El Papa Juan Pablo II decía, en el mismo discurso pronunciado en Polonia que mencionamos anteriormente: "Cristo no ha aprobado jamás que el hombre sea considerado o se considere a si mismo solamente como instrumento de producción; que sea apreciado, estimado y valorado según ese principio. Cristo no lo ha aprobado jamás. Por eso se hizo clavar en la cruz como sobre el frontispicio de la gran historia espiritual del hombre, para oponerse a cualquier degradación del hombre, también la degradación del hombre mediante el trabajo. Cristo permanece ante nuestros ojos sobre su cruz, para que todos los hombres sean conscientes de la fuerza que les ha dado... ('Les he dado el poder de llegar a ser hijos de Dios') (Jn. 1,12). De esto deben acordarse tanto los trabajadores como los que proporcionan trabajo; tanto el sistema laboral como el de redistribución; lo debe recordar el Estado, la nación y la Iglesia".

2.3 El trabajo, colaboración con la obra del Espíritu Santo.

La obra del Espíritu Santo, es una aproximación sencilla y catequética, es la santificación del mundo. Más profundamente, sin embargo, podemos recordar

que el Espíritu obra en medio nuestro para iluminar, unir y, sobre todo, para hacernos clamar: "Abba", es decir, "Papá querido", a Dios.

En esa perspectiva, obviamente el trabajo adquiere una dimensión de colaboración con el Espíritu Santo.

Así, el trabajo permite y posibilita el conocimiento "de la realidad, pero también ese otro conocimiento más sabio e importante; el querer de Dios para nosotros. El Espíritu solamente puede llevarnos a discernir qué es o puede ser voluntad de Dios, dinámica e históricamente, en nuestra vida. Iluminar para el cristiano no es dar un agregado religioso a la vida, o introducirle a la fuerza una referencia de fe a lo que hace, sino entender que Dios habla en la vida, habla en el trabajo y ahí Él se comunica y entrega su querer.

En la medida que ejerzamos y experimentemos el trabajo como vínculo de unión también encontraremos en él la misteriosa presencia del Espíritu Santo. La construcción de bienes y la realización de servicios, en definitiva, pueden ser medios espectaculares de unidad, de solidaridad, de amor que une, ata y vincula. Con el trabajo entramos en contacto vivo con otras personas, se crean vínculos de dependencia mutua y de solidaridad, y vamos, de esa forma, urdiendo el tejido de relaciones que hacen a los hombres unirse.

Pero no solamente el trabajo tiene la dimensión de unidad porque por él se entra

en contacto con otros, sino porque la faena misma que se realiza ayuda a que otros hombres se unan. El trabajo, a la larga, genera trabajo.

De esa forma, lo que nosotros hacemos y fabricamos, permite que otros hombres también puedan a su vez realizar. Esta tarea de solidaridades, unión y vínculos, es colaboración con la obra de unidad, de amarrar lazos que el Espíritu Santo realiza en el mundo y la historia.

2.4 El trabajo, diálogo con Dios.

Que el trabajo es fuente de humanización es una idea que, incluso, los no creyentes pueden compartir con los cristianos. Que el trabajo es colaboración con Dios, es un concepto que queda restringido a los que creen en un Dios histórico, vale decir, que sigue actuando en el mundo. Pero afirmar que el trabajo es diálogo con Dios, supone un paso existencial aún más hondo en la concepción de Dios. Como lo que sucede con todo lo humano, tal es la idea de Dios, tal es la idea de cualquier realidad o proceso. Así, para los que contemplan a Dios como alguien estático, ausente, iniciador y gran Arquitecto de la historia, o para los que creen que El es un legislador, y los hombres son simples cumplidores de normas, plantear que el trabajo es diálogo con Dios puede llegar a ser desconcertante.

En efecto, diálogo supone intercambio e intercomunicación de existencias. El diálogo se fundamenta en la posibilidad de entender al otro, de que el otro puede en-

tregarme un mensaje, y que yo, con todas las decodificaciones del caso capte lo que me dice. Aun más, el diálogo tiene como supuesto la voluntad mutua de entrar en relación.

El trabajo es diálogo con Dios, porque Dios se comunica, desea entrar en relación con cada hombre. El es Alguien que actúa, interactúa y preactúa históricamente. Dios es Dios de vida y de la vida. Si se sacan las consecuencias existenciales más hondas del misterio de la Encarnación de Jesucristo, y si se toman en serio sus palabras: "hasta los cabellos de vuestra cabeza están todos contados..." (Le. 12,7), entonces, no hay que temer a la realidad de Dios que busca al hombre para conversar no sólo como lo hizo junto al pozo de Jericó, en el Templo, junto a las barcas o en el camino, sino ahora, en todas las circunstancias de nuestra vida concreta.

Si el trabajo es aquello que posiblemente más ocupa nuestra existencia en términos de tiempo; no se puede pretender que al igual que una estación de televisión de país desarrollado (con horarios sólo matutinos y vespertinos), Dios calla durante buena parte del día.

Sin embargo, este diálogo de Dios con el hombre, no es igual, aunque si del mismo tipo, que el de la intimidad del corazón en la oración, o el de su comunicación en la liturgia. No es diálogo de palabras, aunque las puede haber, sino más bien de gestos.

El diálogo con Dios en el trabajo, es de

este último tipo. Hecho de insinuaciones por parte de Dios, y por gestos concretos como respuesta del hombre.

¿Y cuál es la materia de este diálogo? ¿Algo exótico? ¿Sólo grandes temas? No, la vida simple de cada uno, el afán concreto que nos solicita; a veces, las líneas directrices para decisiones hondas de trabajo; las más de las veces, la actitud ante personas, dineros, procesos. El diálogo con Dios en el trabajo, como el diálogo con Dios en cualquier aspecto de la vida, está centrado en buscar y descubrir su voluntad específica para cada uno y en cada momento, y en forma consecuente, ponerla en práctica.

En el fondo, no es posible una colaboración profunda con Dios en el trabajo por pura inercia: se colabora con El cuando uno presiente o conoce en la fe lo que El quiere con el afán que realizamos. Asimismo, el trabajo es humanizador en la medida que coincide con la voluntad de Dios. No es el moverse, el mero actuar y gastar energías, lo que humaniza y dignifica. Lo hacemos en forma plena cuando realizamos con todo el corazón y las fuerzas del ser, aquello que Dios quiere que hagamos; cuando cumplimos el designio salvífico que El tiene para cada hombre, cada comunidad, cada pueblo y para la humanidad entera.

En esta perspectiva, contemplar el trabajo como diálogo con Dios, y esforzarse porque así sea, se constituye en un requisito fundamental de la espiritualidad del trabajo.

Es necesario recordar que el diálogo con Dios en el trabajo, no es sólo diálogo de gestos, sino que diálogo con finalidad (es decir, para actuar, para decidir, para transformar) y es un diálogo amoroso: ocasión de entrega mutua, de intercambio de anhelos, de donación profunda. Entender el trabajo como diálogo con Dios, es simplemente comprender que es un gran sacramental o fuente de gracias para nuestra vida, y que lejos de convertirse en la ocasión de lejanía, se transforma en el lugar y forma de una nueva contemplación de Dios: A El, Padre de bondad, que me muestra su misericordia y sus deseos, empiezo a sentirlo y presentirlo en lo que hago. No hay afán que se escape de su presencia amorosa, y entonces, a pesar del pecado personal o de las estructuras de pecado, a pesar de la oscuridad de tantos designios misteriosos, a pesar del dolor y la muerte, todo deviene gesto suyo, todo se vuelve sacro. Entonces es cierto que la redención es anhelada y clamada por las criaturas, y, sobre todo, que ya ha llegado. Así no asusta el desarrollo tecnológico, ni los procesos de urbanización, ni ningún descubrimiento científico o filosófico. Se adquiere una libertad interior -la gloriosa libertad, de hijos de Dios- que nadie cambiará, y en vez de ser el cristiano el agorero y anunciador de males, se transforma en el hijo que se sabe amado y en todo, aun lo más disonante, es capaz de encontrar gestos de amor de Aquel a quien ama y que lo ama, de descubrir tareas que le encomienda en bien del hombre y su liberación redentora.

IV. REQUISITOS PARA EL ENCUENTRO CON DIOS EN EL TRABAJO

Para que realmente el trabajo se constituya en un encuentro con Dios, y no en la oportunidad para evadirse y olvidarse de su presencia, se requieren ciertos fundamentos mínimos, sin los cuales lo anterior no es posible. Estos requisitos son: mirar el trabajo de otra forma, encaminarse hacia una praxis de la fe diferente e integrar nuestro trabajo a la oración.

1. MIRAR EL TRABAJO DE OTRA FORMA

Lo que hemos explicado en el punto III respecto al trabajo como fuente de humanización colaboración y diálogo con Dios, tiene que hacerse criterio personal. Si realmente la visión que una persona tiene del trabajo está limitada a la de una carga o pena, al peso ineludible del pecado de Adán, o a un instrumento para conquistar dinero, prestigio y poder, entonces, todo esfuerzo para encontrar a Dios en el trabajo será infructuoso.

Es corriente el hecho que muchos cristianos cuyo nivel de prácticas religiosas es grande y cuya "intensidad devocional" es alta, muestren gran dificultad de encontrar a Dios en el trabajo. Existen personas que viven así porque están divididas interiormente entre la vivencia de su fe ("vida espiritual", como suelen llamarla) y su vida concreta (vida temporal o de los negocios).

Sin embargo, son muchos los que sinceramente buscan santificarse en el trabajo.

Mirar el trabajo de otra forma no consiste, sin embargo, en tener ideas sobre lo que el trabajo es en la perspectiva de Dios. El "mirar" a que nos estamos refiriendo va más hondo: es un sentir vitalmente el trabajo como lo hemos descrito en el punto anterior.

La similitud con el amor humano y el encuentro personal es muy grande en este caso. Si, por ejemplo, entendiéramos el "mirar" a una persona querida (nuestro cónyuge, por ejemplo) sólo como una descripción o aprehensión intelectual de sus características y potencialidades, ese "mirar" no nos llevaría lejos. El "mirar" a que nos referimos está en la línea de intuir en el trabajo algo valioso, atrayente, apetecible, misterioso, que no se agota con una descripción de sus detalles y valores, y ante lo cual nuestras energías se ponen en acción. En cierto sentido, quizás jugando con las palabras, en vez de mirar el trabajo de otra forma, podríamos decir que deberíamos admirarlo de una manera nueva.

Ahora bien, para colocar el trabajo en la perspectiva del querer de Dios, es importante en primer lugar, tener muy claro que Dios está hablando a cada hombre permanentemente. Que el misterio fundamental de nuestra fe no es que Dios exista, sino que Dios ha querido comunicarse con el hombre, que ha querido descender y acercarse al hombre para darse, para entregarse amo-

rosamente y para comunicar sus designios y secretos. Dios nos está hablando todo el tiempo, pero es preciso escuchar, discernir y poner en práctica ese querer de Dios. Eso es lo que denominamos vivir según la fe práctica en la Divina Providencia.

La tarea de Cristo fue hacer siempre la voluntad del Padre,... "mi comida es hacer la voluntad del Padre" (Jn. 4,34), por eso el requisito de santidad en medio de los afanes cotidianos, de santidad del trabajo, no es sólo un ideal para los laicos, sino para todos. Pero los laicos tienen que santificarse fundamentalmente en las labores del llamado "trabajo profano" según las espiritualidades antiguas. El imperativo de querer y de insertar ese trabajo dentro de la voluntad de Dios, aparece entonces como ineludible.

La fe práctica en la Divina Providencia nos habla de un Dios que interviene en el acontecer del mundo y que lo conduce a través de los hombres, con los cuales hace historia en la medida que éstos se entregan libremente a su designio. El Dios de la vida nos manifiesta su querer en múltiples formas. En este sentido el P. Kentenich, fundador de Schoenstatt, nos habla de las "voces del ser", de las "voces del tiempo", de las "voces del corazón", que es preciso escuchar para poder captar y responder el lenguaje del Dios de la vida. No entiende la fe práctica como una actitud de un abandono pasivo y alienante, sino como una disposición eminentemente activa, que nos lleva a

discernir cuál es el querer de Dios en nuestra realidad cotidiana, en nuestro trabajo y obligaciones, una disposición, al mismo tiempo que nos impulsa a decidir -a veces con mucha audacia y riesgo- y poner en hechos aquello que creemos Dios nos pide por las circunstancias. Quien se deja guiar por la fe práctica en la Divina Providencia, deberá evaluar, y rectificar si es el caso, constantemente su actuar, para verificar su conformidad con el querer de Dios.

Su santidad en medio del mundo, la santidad en el trabajo requiere esta forma de vivir la fe. Explayarnos sobre este importante capítulo nos llevaría demasiado lejos en el contexto de este ensayo. Por esto nos remitimos a los números 1 y 2 de Carisma donde el tema es desarrollado más ampliamente.

2. ESTILO DE HIJOS

Es importante y es requisito para que nuestro trabajo sea fuente de santificación, que en él se exprese un estilo propio de los frutos del Espíritu. Pero los frutos del Espíritu no se expresan si no nos encaminamos a realizar nuestro trabajo con espíritu de niños.

Espíritu de hijos, significa que realicemos nuestros trabajos seria y reciamente, pero también alegremente y con paz.

Es importante, para que nuestro trabajo sea fuente de santificación, que sea realizado seriamente. La seriedad no consiste en tener caras largas sino en trabajar con re-

ciadumbre. Hacer las cosas con reciedumbre significa hacerlas con esfuerzo, bien, a fondo, empleando todas nuestras energías síquicas y físicas en su realización. ¡Cuántos males de nuestros países subdesarrollados de América Latina, que están signados con la cruz de Jesucristo y el amor a María, nuestra Madre, y que, sin embargo, viven pobreza, miseria, indigencia, problemas sociales, políticos y económicos enormes, podrían haberse solucionado si los cristianos latinoamericanos tuviéramos un estilo, una ética de trabajo, que nos llevara a realizar nuestro trabajo con reciedumbre; desde gobernantes hasta los últimos gobernados; empresarios y trabajadores! Un estilo de reciedumbre que consiste en comenzar y acabar bien las cosas, en agarrarlas hasta su profundidad y realizarlas con radicalismo, seriamente.

Por otra parte, no es posible que el trabajo se transforme en fuente de santidad si no lo realizamos *alegremente*, como hijos a los cuales se les encarga colaborar en tareas que los sobrepasan, pero que van a tener siempre el apoyo y el sustento constante y fiel de su Padre. Realizar el trabajo con alegría es el signo de que lo estamos realizando como hijos, porque queremos y no tenemos otro interés sino realizar la voluntad de Dios.

Nuestra alegría y nuestra paz, nuestro gozo, nuestra felicidad en el trabajo, no parten de consideraciones primariamente éticas sino religiosas. Es nuestro Padre quien nos pide estos afanes. Y porque el Padre

lo pide, entonces yo lo realizo con alegría, con felicidad. Ninguna cosa nos puede dar mayor felicidad y más auténtica alegría que hacer su voluntad.

Finalmente, debemos realizar nuestros trabajos con *paz interior*, sin tensiones; con un estilo suelto, sin neurosis y angustias. El afán más propio de los países nórdicos, de trabajar neurótica y afiebradamente, debe ser contrarrestado con un realizar nuestro trabajo sueltamente, con igual intensidad y eficiencia, pero con la perspectiva de Dios y del trabajo hecho por Dios, insertado en su plan: yo hago lo que el Padre me pide, y entonces lo hago alegremente, libremente, sin angustia, sin pensar que el mundo y las decisiones del mundo dependen de mí. Que yo soy un humilde colaborador de Dios en su obra creadora, redentora y santificadora. "No andéis preocupados por vuestra vida..." (Mt. 5,25).

3. ENRAIZARLO EN DIOS POR LA ORACIÓN

Nuestra meta es llegar a trabajar constantemente en, para y con Dios. Por eso es importante enraizar el trabajo en Dios a través de la oración explícita. Llamamos oración explícita a los momentos de oración. Entre ellos destaca el ofrecimiento de la mañana: no es posible que comencemos nuestro trabajo sin que se lo ofrezcamos a Dios, sin que tengamos la buena educación de decirle que trabajamos buscando su voluntad. Para eso, la oración de la mañana es el momento propicio.

Otro momento privilegiado para este anclar en Dios nuestro quehacer cotidiano, es la oración de la noche: por el examen de conciencia a través del cual se revisa y evalúa, próxima o lejanamente, decisiones que se hayan tomado. Un examen de conciencia que no es chequeo de códigos, sino que es verificación de lo que dijo Dios en el día y de cómo se respondió: qué insinuó el Señor y qué se le respondió, en qué forma, con qué estilo, con cuánta prontitud, con cuánta alegría.

La oración de meditación durante el día -ojalá al menos de unos 10 ó 15 minutos- esa pausa que sirva para acumular energías, es otro momento de enraizamiento en Dios. Muchos tienen la buena costumbre de hacer ese cuarto de hora de pausa después de recibir al Señor en la Eucaristía, práctica muy noble y que asegura dos cosas: comulgar todos los días, y realizar una acción de gracias prolongada e íntima, aparte de la comunitaria, que enriquece nuestros lazos de amor con el Señor.

En esta línea de enraizar el trabajo a través de la meditación, desaparece el fantasma de las distracciones en la oración: uno conversa con Dios sobre el trabajo y los afanes, se descansa en el querer de Dios. Una meditación así, de la vida y el trabajo, no requiere genios que especulen sobre problemas trascendentales que aun los más sabios teólogos no pueden penetrar ni siquiera un ápice, sino realizar algo que la mayoría de los cristianos puede hacer:

meditar con fe sobre nuestra vida corriente. Esta debería ser la materia de nuestra conversación con Dios, porque la oración es conversación de amor con Dios, como dice Santa Teresa de Jesús.

Finalmente, tiene sabiduría de siglos el elevar el corazón a Dios por cortos instantes, para refrescar la memoria y el amor como el esposo y padre de familia contempla por uno segundos en medio de su trabajo, el retrato de sus seres queridos. Estas elevaciones y renovaciones cortas y espontáneas del amor, son las llamadas jaculatorias, simples flores que saltan de un corazón que se siente amado y que ama.

El trabajo, entonces, lo enraizamos en Dios a través de la oración explícita, el examen de conciencia, la oración confiada a Dios en la meditación, las jaculatorias. Esto nos asegura que todo nuestro trabajo se convierta en una oración continua, en una constante oración de alabanza, gratitud y ofrecimiento al Señor.

Del encuentro con Dios en el trabajo depende la realización de los planes más honrados de Dios para nuestro tiempo. El se ha atado las manos con los hombres de nuestra época. Las problemáticas más profundas de la secularización, del divorcio de fe y vida, no tienen salida si no se soluciona la raíz misma que es el encuentro con Dios en los quehaceres cotidianos.

Los santos del siglo XXI serán los santos del trabajo, los contemplativos del trabajo. Serán aquellos que hayan sanado en su

propia vida esta separación entre fe y afanes corrientes, entre tareas "del mundo" y el mundo de Dios. Esos santos serán los hombres que hayan podido unir vitalmente fe y vida.

Esos son los santos de los siglos futuros.

El aporte que la Iglesia va a hacer al tiempo venidero y a las dificultades que traerá, pasa por la santidad del trabajo. De esta santidad laical y del trabajo depende en definitiva que el desarrollo tecnológico y científico no sean una causa y una herramienta de huida de Dios, sino que al revés, se transformen en caminos y sacramentos de su presencia y de su vida.

Poniendo en común

Propiedad de El Movimiento de la Palabra de Dios - Rama Femenina de Nazaret.
Av. San Juan 2831 (Buenos Aires)

Distribución

Editorial de la Palabra de Dios
e-mail: editorial@crisovive.org.ar
Tel: 011 - 4931-8388
www.crisovive.org.ar

Otros Números:
[Poniendo en común](#)